minan, ni se transfiguran sinó en la substancia misma de su Hacedor Increado (1).

Los hombres de la impiedad y del error naturalista, que tan encarnizadamente atacan la verdad y la moral católicas, no se atreven á declararse en el mismo grado enemigos de la belleza; no porque ellos no se gozaran con alegría satánica en destruir toda belleza hija del Cristianismo, sinó porque miran y temen al sentimiento universal, á la conciencia pública, que condena y estigmatiza siempre á los profanadores de lo bello. Y, sin embargo, cuando el corazón se interesa, cuando la pasión se desborda, si el impío y el incrédulo no alcanzan á borrar ó á deslucir la verdadera hermosura, ellos consiguen ¡ay! harto frecuentemente crear una belleza ficticia, una forma pérfida y brillante, envueltas en una razón hipócrita, que medita, calcula, combina, seduce, descompone y mata á veces á golpe seguro á los espíritus desprevenidos, asemejándose á la acción del hielo en

(1) In ipso enim vivimus, movemur et sumus. Act. XVII, 28. Videtur mihi (inquit D. Augustinus) quoniam Dominus Jesus..... insínuavit nobis animam humanam et mentem rationalem..... non vegetari, non beatificari, non illuminari, nisi ab ipsa substantia Dei..... et beatitudinem qua fit beata ipsa anima, non fieri nisi participatione illius vitæ semper vivæ, incommutabilis, æternæque substantiæ, quæ Deus est. In Joann. Evangel. tract. XXIII, cap. 5.

la naturaleza, tanto más funesta y temible cuanto es más tenaz y silenciosa.

Nó, no puede haber verdadera belleza, belleza útil y fecunda, sinó la belleza que vive á la sombra de la Religión. Y cuando nosotros queremos estudiar en nuestra patria aquellas concepciones del entendimiento humano en donde la verdad se hermana con la virtud, y la hermosura se abraza con la inocencia, la primera creación que se presenta á nuestro examen es ese hermoso Libro; libro del que podría decirse que está escrito *por dentro y por fuera*, á semejanza del libro de las revelaciones bíblicas (1); libro que, conteniendo toda clase de excelencia, yo he de clasificarle hoy entre las producciones de lo bello, porque la belleza es el principal foco de luz que nos deja descubrir en él lo verdadero y lo bueno.

Pero antes de bosquejar el libro, hablemos del autor, bosquejemos al hombre. ¿Quién fué Miguel de Cervantes? ¿Cómo resumiríamos su vida? ¡Ah, Señores! Formóle la Providencia para una gran misión, y la majestad del santuario, los laureles de su patria, las glorias de la Ciudad Eterna, la nobleza de la sangre, los ensueños de la poesía, el viento, las olas, las batallas, las prisiones, la adversidad, la resignación llevada al heroísmo, todo había de contribuir para enaltecerle y para inmortalizarle. Un Sacerdote sabio y un Cardenal

(1) Ezech., II, 9.

insigne le dieron nombre y amparo; los remotos ecos de Dante y los más recientes del Tasso y del Ariosto, hirieron luego su robusta mente; quizá leyó también en la radiante mirada de Miguel Ghisleri (1) los próximos triunfos de la Cristiandad sobre la Media Luna, y ella fijó su destino, como soldado de la fe. En el golfo de Lepanto superan sus hazañas á las de los grandes héroes; que, más bravo que el león, el cual no pelea con calentura, combate enfermo en su galera, hasta caer con aquellas gloriosas heridas que habían de darle imperecedero sobrenombre. Cautivo más tarde del berberisco, su cautiverio es á la vez un apostolado, un poema y una leyenda. Encontró en su camino la felonía y la traición, y nunca dejó de perdonar y amar. Su mirada apacible y su temple de mártir domaron el corazón de tigre del renegado griego. Sus modales de príncipe dificultaron su rescate, hasta que aparecieron en su auxilio los hijos de Juan de Mata y Félix de Valois, aquellos mensajeros del amor evangélico que solían quedarse en rehenes para libertar á los encadenados. La firmeza y áun la candidez de su probidad le hicieron sufrir persecución por la justicia. Al encontrar la clave de su genio presiente la inmortalidad de sus escritos, y no experimenta ni una elación de soberbia delante de Dios. La pobreza fué mirada por él como hermana y amiga, acep-

(1) San Pío V.

tándola al mismo tiempo como prueba que acrisola; y al sonar la hora de la despedida eterna, canta y sonríe tan piadosamente á la muerte, como le cantaba y sonreía Francisco de Asís, en cuya Orden Tercera quiso Cervantes recoger su piadoso sudario.

Este fué el hombre, Señores; ¿quién hablará dignamente del libro, de ese libro que es, como ha dicho uno de vosotros, «encanto de los que leen y desesperación de los que escriben?» (1) ¡Ah! Todos los buenos corazones saben sentir los latidos de aquel alma; sólo las águilas del pensamiento podrán comprender su idea. Señores Académicos, en el reducido número de los monumentos de la inteligencia del hombre que han conquistado la gloria de la inmortalidad, desde la *Ilíada* hasta el *Paraíso perdido*, no hallaréis ni uno solo en donde los pecados capitales, y el crimen, que tiene en ellos su germen, no dejen ver, frecuentemente altivos y triunfantes, su siniestra figura: permitidme, pues, á mí, Ministro del Santuario, aplaudir y encarecer, ante todo, en ese libro sin par, que su autor no haya necesitado del concurso y del movimiento de grandes culpas y de grandes caídas para hacer deleitable y provechosísima su obra. Sí, ese libro es el secreto único del genio, nunca manifestado á otro, que, haciendo asomar casi constantemente la sonrisa á los labios, revela

(1) Castro y Serrano.

en cada página cuanto el entendimiento tiene de más sublime y el corazón de más sensible y más tierno. En ese libro, el héroe quimérico está elaborado con toda la substancia del héroe real, con su fe inquebrantable, con su virtud solidísima, con su razón potente, con su gracia peregrina, con su valor intrépido. En ese libro se finge una locura extraña y atractiva, para dar lecciones de soberano juicio á los hombres y á las sociedades. Las naciones aprenden allí á adorar la Providencia de Dios en las alternativas de poderío y de decadencia por que pasan los imperios; los reyes á captarse, por la misericordia y la justicia, el amor y la fidelidad de sus súbditos; los sabios á convencerse de las mil ignorancias de la ciencia humana; los felices á moderar su dicha; los desgraciados á sacar su purificación del sufrimiento. Allí se enseña que es de pechos nobilísimos perdonar las injurias; allí se exhorta á la plegaria y á la oración eucarística; allí se conjura al vencedor á tender una mano generosa al vencido; allí se ensalza la honradez y se anatematiza el dolo; allí se deifica la caridad y se inspira horror á la envidia; allí se muestra, mejor aún, se prodiga el no común espectáculo del fuerte amparando al débil. Para decirlo de una vez: el *Ingenioso Hidalgo* de Miguel de Cervantes es toda una apología de los dogmas católicos; todo un estudio de moral; todo un estatuto de legislación; todo un código de hidalguía: todo un derecho de gentes; todo un raudal de be-

lleza. ¡Loor eterno á tu nombre, varón incomparable! Tu rara inteligencia te hizo acreedor á no ser mirado como extranjero en ninguna parte donde se cree y se ama. ¡Duélenos que vivieses tan pobre y que no podamos fijar el sitio de tu sepultura; pero áun este pesar mismo se torna justamente en consuelo y en gozo: tu pobreza reviste para nosotros mayores auréolas, hoy que todas las naciones hacinarían el oro para rescatar tus huesos si estuviesen cautivos: la incertidumbre de la tumba en que reposas es un ideal más de tu gloria en nuestra fantasía: sabemos que descansan tus restos en este santo recinto donde constantemente se ora, y consideramos que estás mejor custodiado y más engrandecido entre las vírgenes de los claustros, que Shakespeare bajo las suntuosas bóvedas de Westminster!

Aparte de ese sol, Señores, cuyos resplandores nos ciegan, hay muchos bellos soles en el cielo de nuestra literatura, que dan casi tanto calor y tanta luz como los que de él se desprenden. Sin podernos detener á recibir todos sus blandos rayos, saludemos al menos, en los siglos que precedieron á hombre tan prodigioso, á aquel Gonzalo de Berceo, que deja trasparentarse en sus versos su hermosa alma de Sacerdote; á Juan de Mena, que forma su musa en la alegoría, como Dante; á Jorge Manrique, cuyos versos llegan al alma (1),

(1) Ticknor, *Historia de la Literatura española.*

y suben con el alma al Cielo; á Garcilaso, dulce como la paloma, y valiente y piadosísimo como los antiguos Cruzados. Consagremos después frases de admiración á las poéticas bellezas de Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, dos columnas de fuego que han juntado su llama para incendiar al mundo con sobrenaturales amores; á aquel Fray Luis de León, cuyas poesías sagradas pudieran recitarlas los ángeles, y cuyos conceptos tiernísimos, por ser brisas de salud para las almas enfermas de tibieza, traen á nuestra memoria este pensamiento de la Escritura: «Palabras compuestas, sanidad de huesos» (1); á aquel Alonso de Ercilla, tan enaltecido por Cervantes como épico; á Lope de Vega Carpio, coronado por los Pontífices y los Monarcas, ídolo de la multitud por la increible fecundidad de su ingenio; á Calderón, que en nuestra época llevó el asombro y el entusiasmo al espíritu de Guillermo Schlegel, lo mismo que nuestros Romanceros, dados recientemente á conocer en Alemania, parecen haber templado los aceros teutónicos para sus modernas batallas; á Calderón, repito, que á los ímpetus de su estro une la dignidad de la vida, y cuyos *Autos Sacramentales* se ofrecen como repeticiones siempre nuevas, siempre graciosas y originales del magnífico *Lauda Sion*, de Tomás de Aquino; á Fernando de Herrera, en cuya mente todo es luz, en cuya

(1) Prov., XVI, 24.

pluma todo majestad, en cuya alma todo modestia; á Rioja, profundo pensador y místico, y tan primoroso y suave como la flor de un día, que ensalza y compadece; poetas todos que, por la virtualidad poderosísima de sus bellas creaciones, enseñaron á Corneille y á Racine á hacer versos que deleitan y conmueven, por el sentimiento cristiano en que se inspiran; á Ruiz de Alarcón, en fin, los Argensolas, Góngora, Valbuena, Quevedo, Saavedra Fajardo, Solís, Moreto, Tirso y otros ciento, hasta nuestros mismos días, que en verso ó prosa cantaron y extendieron, para adorar á Dios y para glorificar á su Verbo, todas las grandiosidades y todas las hermosuras.

Resumamos ya, Señores, la presente oración. Saber que nada esclarece, vida que nada fecunda, egoísmo que todo lo seca, belleza siempre mentida, sueño que no da descanso, vigilia que infunde miedo, ponzoña que á veces mata, ése es, casi invariablemente, el hombre de la ciencia ó de las letras esclavo de los errores contemporáneos. Saber, por el contrario, que ilumina y salva; auras puras y benéficas para las almas que languidecen; candor que realza á la hermosura; caridad, gozo honesto del espíritu; cielo y tierra que se juntan á manera del azul del mar y del azul del espacio confundidos en el confín del horizonte como un solo color y como un solo objeto; ése es el sabio que vive á la sombra de la Iglesia católica, ésos

los hombres titánicos de la ciencia y de las letras que brillaron en nuestra patria, y que hoy reclaman nuestra atención y nuestras oraciones. Nosotros lo hemos visto. Buscando la luz de la Verdad en el Eterno Entendimiento del Verbo, que es Sabiduría Absoluta y es Amor Infinito; haciendo de su boca vena abundante de vida (1), porque era su corazón mansión bendita del Bien; adquiriendo en el universo visible y en los arcanos de lo sobrenatural todas las ideales bellezas que son derivación de la Belleza Increada, los sabios que aclamáis por vuestros maestros realizaron el secreto venturoso contenido en esta lección de los Proverbios: «El corazón del sabio enseñará á su boca, y añadirá gracia á sus labios: *Cor sapientis erudiet os »ejus, et labiis ejus addet gratiam.»*

Señores Académicos: Considerados vosotros con justicia los guardadores natos de la Verdad, de la Bondad y la Belleza, no consentiréis jamás que los talentos audaces arrojen de nuestra literatura las glorias de la fe, de la virtud y del pudor, que forman su tradicional carácter. La incredulidad se atreve á todo: sabéis mejor que yo que Voltaire osó lanzar de la Francia Enciclopédica las producciones de Shakespeare. No admitáis tampoco en vuestro seno sino á talentos superiores; no tanto, porque las medianías no se distinguirían al lado vuestro, como porque la Verdad y

(1) Prov., X, 11.

el Bien necesitan hoy atletas que los defiendan y los saquen victoriosos de los terribles enemigos coligados en su daño. Sois también los custodios y los jueces de las hermosuras de nuestro idioma; cuidad, pues, asímismo con solicitud incansable, de que los hombres favorecidos con vuestra elección, amen ardientemente la pureza de nuestra lengua; porque la lengua es á tal punto el conductor de las civilizaciones, que aun cuando éstas se eclipsen, ella será todavía, como lo es en nuestra decaída España, la pirámide altísima que inmortalice lo pasado; sin olvidar, por otra parte, que tener la supremacía en la palabra, y no tenerla en las obras sería no poseer la sabiduría completa, y que poner un idioma al servicio de las pasiones, es crimen simultáneo de lesa religión y de leso patriotismo. Sois, por último, los discípulos é imitadores de las brillantes pléyades de ingenios que en este día conmemoramos; rogad, pues, fervorosamente por ellos, porque son desconocidos á la razón humana los plazos misteriosos de las expiaciones en el reino de la purificación de las almas, creado por la Misericordia Infinita; y creed, y esperad, y amad, y confesad á Dios como ellos, porque de otro modo no lograríais encontrarlos en la inmortalidad futura.

Y vosotras, Vírgenes del Señor, Esposas amorosísimas del Inmaculado Cordero, ¡ojalá que la lava de los volcanes que abrasan nuestras sociedades, y los hielos que las marchitan, no penetren

jamás en vuestros venerandos asilos, y el Cielo os conceda tanto reposo y tantas gracias como vosotras imploráis para el mundo en los secretos de vuestra soledad! Yo no he de estimular hoy vuestra caridad ni vuestro celo, porque vuestro continuo pensamiento es ocuparos en la gloria de Dios y en la salvación de las almas: sois dignas hijas de vuestros santos Fundadores, y nada más tengo que deciros, sino que os admiro y os bendigo, y que me inclinaría gustoso para besar las huellas que formáis con vuestras débiles plantas. Sin duda que en este instante corren de vuestros ojos gotas de dulcísimo llanto: derramadlas, en primer término, por los espíritus que vacilen entre la incredulidad y la fe, entre el vicio y la virtud, que para esas lágrimas del corazón no puede haber terrenos infecundos. Acompañad luego con ellas nuestras fervientes preces y vuestras propias oraciones, en favor del hombre singular á quien prestáis cristiano asilo en vuestra morada, y de cuantos en nuestra patria consagraron su privilegiada inteligencia á la causa de lo Verdadero, de lo Bueno y de lo Bello, á fin de que el Dios Justo y Clementísimo se digne concederles el eterno descanso en las mansiones de la bienaventuranza.

Así sea.—R. I. P.

INDICE.

Págs.

Sermón predicado el 2 de Enero de 1864, en la Santa Iglesia Catedral de Granada, en los solemnes cultos que, para conmemorar el aniversario de la Reconquista de dicha ciudad por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, celebran anualmente y de antiguo acuerdo el Cabildo Eclesiástico Metropolitano y el Municipio de la misma..... 1

Sermón predicado el 2 de Enero de 1865, en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, con motivo de la misma solemnidad á que se refiere el discurso anterior..... 33

Panegírico de Santa Bárbara predicado en la solemne función que el Real Cuerpo de Artillería consagró á su Patrona en la Iglesia de San Francisco el Grande de esta Corte, el 4 de Diciembre de 1866, con asistencia de SS. MM. y S. A. R. el Serenísimo Sr. Príncipe de Asturias..... 69

Sermón predicado en la Santa Iglesia Catedral de Badajoz el 31 de Diciembre de 1870, en los solemnes cultos celebrados por una Asociación de personas piadosas, para ensalzar las glorias del Pontificado, protestar contra la usurpación y el despojo de que era víctima la Santa Sede, y manifestar